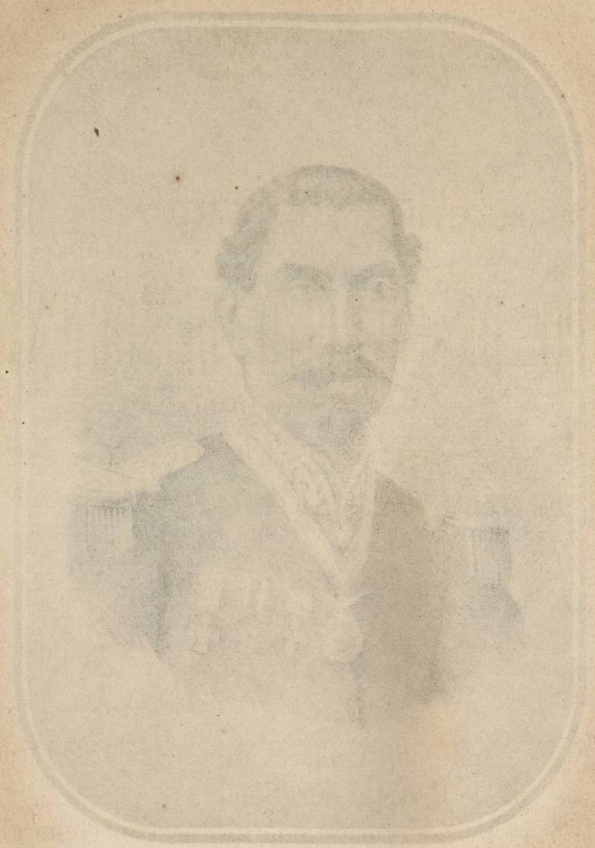
GENERAL

NICOLAS REGULES.

1863-1867.



RESEÑA HISTÓRICA
DEL
CUERPO DE EJÉRCITO DE ORIENTE.

Segunda época.

(Del 21 de Mayo de 1863 al 13 de Julio de 1867).

I.

No exhaló en Puebla el último suspiro el Cuerpo de Ejército de Oriente.

Prisioneros de guerra nuestros Generales, sin miramiento alguno y tampoco sin compromiso, tenían expedito su derecho para procurarse la evasión, consecuencia forzosa de aquella respuesta noble y digna dada por todos al general francés, cuando éste les exigía que bajo su palabra de honor se comprometieran á no tomar participio en la demanda.

La noche del 21 de Mayo de 1863 los Generales Felipe B. Berriozábal, Florencio Antillón, Porfirio Díaz y Juan Caamaño, burlaron la vigilancia de las centinelas de su prisión y respiraron el aire de la libertad, ejemplo

que en Orizaba siguieron otros muchos, entre ellos el General Ortega. ¡Quedaba con ese hecho asegurado el triunfo de la Patria!

Para no interrumpir en este relato los hechos del Cuerpo de Ejército de Oriente, me permitirá el lector que todo este capítulo lo dedique á un asunto que en lo general afecta al país, cuestión de vital importancia que han tratado ya plumas muy hábiles y talentos muy privilegiados. Quiero referirme á un imperio establecido contra la voluntad nacional, funcionando á pesar de nuestras armas y fulminando desde su solio preñado de tantas amenazas, rayos que no solo herían al roble y al arbusto, sino también á la humilde flor crecida á las orillas del lago..... Arteaga y Salazar..... Romero..... Quiero referirme á la magestad de un Gobierno que, al cambiar de residencia, llevaba entre sus equipajes la bandera de la legalidad, la voluntad nacional y la bendición y los votos de un pueblo, por el triunfo de la causa sagrada y del principio sacrosanto. Quiero, por último, contestar, para que no se arroje una duda á la verdad histórica, la aseveración que hace el biógrafo del señor General Porfirio Díaz en la página 76 del cuaderno editado en la imprenta del señor Ireneo Paz, quien refiriéndose á la fatiga, valor y sufrimientos de su biografiado, asienta estas cruelísimas palabras:

> "Solo la colonia trashumante de Paso del Norte, con los productos de la venta de California y los negocios de agio que tantos millones y desgracias han de causar á la República, podía vivir feliz, confiada y llena de doradas ilusiones."

Comenzaré por orden para no faltar á la lógica, rogando á mis lectores no se impacienten por conocer los detalles de una lucha titánica, á la que después concurrirémos siguiéndola paso á paso en las desgracias que no

la sofocaron y en los triunfos espléndidos que tampoco lograron embriagarla.

*
* *

Algunos historiadores, entre ellos el elegante y florido escritor Don Hilarión Frías y Soto, en alas de una imaginación ardiente é impulsado por un sentimiento generoso, que toma más aliento en el alma del poeta, llega al templo de la Historia y consagra con el óleo de la benevolencia, la frente del que hizo derramar tantas lágrimas y del que causó tantos sinsabores al pueblo mexicano. Mi opinión es otra, y voy á exponerla con la ruda franqueza del soldado que solo conoce el sentimiento del deber y se inclina respetuoso ante quien lo venera: blandí mi espada contra quien lo quebrantó, con la misma buena fé con que manejo mi pluma para juzgarlo. Comencémos:

> "La escalinata monumental del Palacio de Caserta es digna de la "magestad. Nada hay tan bello como figurarse al Soberano colo- "cado en aquella altura, como resplandeciendo con el brillo del már- "mol que le rodea y dejando llegar hasta sí á los humanos. La "multitud sube lentamente: el rey le envía una mirada dulce, pero "que cae de lo alto. El, el poderoso, el altivo, avanza hacia la tur- "ba con una sonrisa de augusta bondad. Que un Carlos V, que "una María Teresa aparezcan en la parte superior de esa gradería, "y no habrá quien no incline la cabeza delante de la magestad á "la que Dios ha dado el poder! Yo también, pobre efímero, sentí "subir en mí el orgullo que ya otra vez había experimentado en el "palacio del dux de Venecia, y pensaba cuán agradable debía ser "en ciertos momentos, muy solemnes para ser frecuentes, colocar- "se en la parte superior de aquella gradería, poder desde allí dejar "caer la mirada subre la multitud, y sentirse el primero, como el "sol en el firmamento.
>
> "..... Toqué el círculo de oro y la espada antes tan pode- "rosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de ambición y de "melancolía. ¡Cuán bello, cuán brillante sueño para el nieto del "Hapsburgo de España, blandir la espada de Fernando para con- "quistar la corona."

Estas palabras, escritas por Maximiliano en su libro: